



Por FRANCISCO CANDEL

ESTABAMOS a 24 de noviembre. Por la noche llegó por mí a casa. Me dijo: —¿Tú has visto «La hora final», aquella ciudad que aparece vacía y desierta por completo luego de la destrucción atómica? Pues Barcelona está igual.

Televisaban el partido Madrid-Barcelona, o Barcelona-Madrid. Las calles se mostraban solitarias, únicamente algunos a su avío, pero los bares con televisor, abarrotados, tanto, que no podía entrar en ellos. También, frente a los escaparates de aparatos eléctricos —neveras, aspiradores, estufas, radios, televisores—, y en todos los que había un chisme de estos últimos enchufado, el personal se aglomeraba. Los que llegaban posteriormente se alzaban de puntillas y estiraban el cuello.

En el barrio ocurría el mismo fenómeno. La calle estaba vacía, sólo algo de niebla y alguna mujer que pasaba a buscar leche. En el bar de al lado habían quitado el televisor del lugar o ángulo donde habitualmente estaba emplazado y lo habían colocado en un teatrillo que había en el interior, un teatrillo que antaño, cuando aquello era el local social de las izquierdas, servía para representar obras dramáticas tales como «El pan de piedras», «Los hijos del arroyo» y «Rompanos las cadenas en pro de la libertad». La entrada al teatrillo la habían puesto a duro. Estaba repleto. En la sala del bar, por el contrario, no había nadie.

Era miércoles y había cine. Sus propietarios estaban desesperados. No entraba nadie.

—A otro miércoles que haya partido suspenderemos el programa.

La dueña de la mercería de enfrente se había metido en el cine. Era una de las tres o cuatro personas retrogradadas en el local. Su marido se había ido al bar, a ver el partido por televisión.

—Conque tú a ver el fútbol y yo aquí en la tienda... ¡Ya te daré yo!

Había bajado la puerta del negocio y al cinematógrafo.

—Cuando termine el partido, que me busque.

Las demás mujeres no tenían tantas agallas y estaban en sus casas con los crios y con la cena.

En el corto tramo de calle, desde el 180 al 230 por un lado y por el otro desde el 177 al 231, había seis o siete bares: el de la Paloma y el del Jacinto en el lado de acá. El del Jacinto era el del televisor y el que había junto a casa. En la parte de enfrente estaban los bares del Miserias, del Maño, las Cañas y el Alcorque.

Hacia muy poco habían abierto otro bar entre el de la Paloma y el del Jacinto. Era un bar estridente, decorado con colores chillones y luces fluorescentes, con un enorme altavoz por el que se vomitaba música ensordecedora a todas horas.

El bar del Jacinto, desde lo del televisor, se llevaba de calle a toda la calle. Los demás bares empezaban a pensar en hacerse con un trasto mágico de esos. El Miserias era el único que decía que no. En su bar, un bar sórdido y destaralado, inhóspito y poco acogedor, no había entrado nunca la radio ni el tocadiscos. Menos iba a entrar ahora la televisión. Tampoco entraban clientes. Sólo unos pocos por amor de un billar viejo que aún conservaba, a dar tazacos en él.

El bar situado entre Paloma y Jacinto era de un matrimonio llamado los Alpagateros. Habían tenido una alpagatería, se la habían traspasado y montaron un bar. El Alpagatero estaba obsesionado con hacerle la competencia al Jacinto. Los demás bares le tenían sin cuidado. También era cierto que vencer al Jacinto era vencer al resto. Pero con el televisor esto parecía imposible. El Alpagatero había decidido poner, como cebo, un extenso surtido de tapas, sobre todo «milchirones», «muscos» y caracoles recién hechos y calentitos, bien picantes. Y le daba bastante resultado.

Benito Fernández entró en el bar de los Alpagateros a tomarse un café. El bar, en el toledo de afuera, ostentaba el

El partido de fútbol, el aparato de televisión, el gracioso aprovechado, las imbéciles gentes, los desesperados

bonito y exótico nombre de «Bar La Piña Americana». Pero todos le llamaban el bar del Alpagatero o de los Alpagateros.

Benito Fernández se dedicaba a la venta a plazos de géneros de ropa, principalmente jerseys y camisas. Había empezado con poco dinero y ahora tenía un capitalazo, decía, diez mil pesetas extendidas, repartidas. Los sábados y domingos pasaba por las casas a cobrar los plazos, y algunos se le escondían. A veces le encargaban que trajera artículos raros, como una cafetera eléctrica italiana, una olla a presión, un «sturmix» para trincar la fruta, una sortija de oro, un transistor. El a nada decía que no. Todo lo encontraba y lo podía traer. Su fama de vendedor iba en aumento.

Aquel día llevaba un traje de confección que había comprado por quinientas pesetas a alguien que lo habría robado y lo vendía por setecientas. Una verdadera ganga. Buscaba alguien a quien le cayese bien, pero a todos les venía algo estrecho. Mientras tomaba el café, apoyado en la barra, saboreándolo golosamente, pensaba en el tipo adecuado de algún conocido a quien pudiera endosarle el traje. El Alpagatero traínaba con las palancas de la cafetera exprés. Era un hombre un poco grueso, e, indudablemente, el traje no le venía. Pero Benito Fernández, por decir algo, le dijo:

—Alpagatero, ¿me compras un traje?

—¡Un traje, un traje! ¿Para qué quiero un traje? Lo que yo te compro es un televisor. ¿Vendes tú un televisor?

Benito Fernández no vendía televisores, pero dijo que sí. El buen comerciante dice siempre a todo que sí. Benito Fernández era un buen comerciante. Esta era su filosofía, y en periódicos, tebeos y películas lo había aprendido. Y por experiencia; también se basaba en su experiencia. En fin, dejemos esta explicación.

El Alpagatero había estado pensando todo el día en el partido de fútbol nocturno que le robaría toda la clientela camino del otro bar. También sentía su orgullo profesional un poco pisoteado.

—¡Un traje, un traje! ¿Vendes tú televisores?

—Ya lo creo que los vendo. ¿Qué marca quieres?

—A mí, la marca me da igual. Lo que yo deseo es una casa que me haga buenas condiciones. Yo, de golpe, no lo puedo pagar.

—Eso no es problema, hombre. A plazos.

El Alpagatero, tal y conforme Benito Fernández le allanaba obstáculos, se iba desinflando.

—No. Es inútil. No me lo servirían con la rapidez que yo lo quiero.

—Claro que sí. Cuanto antes.

—Es que yo lo quiero para esta noche.

—Pues para esta noche.

Benito Fernández pensaba: «¿Para qué hablarás así? No tienes tratos con ninguna casa de aparatos de televisión. Lo mejor es que te diga que no».

El Alpagatero se secaba las manos con el delantal. Luego se rascó la cabeza.

—Mira lo que te digo: si me lo ponen para esta noche, justo a la hora del partido, lo compro.

Benito Fernández sólo dijo:

—Espera, voy a poner gasolina a la moto y vuelvo a buscarte.

—A mí no me hagas hacer viajes en balde. Si es que sí, sí, pero si es que no, no.

—Nada, hombre; ¿te he engañado yo alguna vez?

Benito Fernández cogió la moto y se fue a ver al barbero, que vivía en la punta de la calle. Este barbero era un tipo muy curioso. Además de cortar el pelo y afeitar se dedicaba a vender y alquilar novelas rosa y del Oeste; a vender relojes a plazos, radios y transistores, y, últimamente, aparatos de televisión. El conocía todas las casas de Barcelona de esta especialidad y en casi todas tenía descuento y comisión.

Benito Fernández le contó lo que ocurría. El no estaba en relaciones con ninguna casa de televisores. Si le ayudaba a colocar el aparato le daba la mitad de la comisión. El barbero dijo que sí. Especialmente una de las marcas le daba toda clase de facilidades. Plazos de mil pesetas al mes. El primer plazo en cuanto entregaran el aparato. Nada de entrada.

—¿Y cree usted que lo pueden tener colocado antes de la noche, para que vean el partido?

—Hombre, claro.

Les daban el ocho por ciento de comisión. Unas dos mil pesetas representaban. Mil para cada uno.

—Usted llame a la casa —dijo Benito Fernández—, para que hagan como que me conocen cuando llegue yo.

El barbero llamó a la marca de televisores y quedaron de acuerdo. Benito Fernández, con la moto, volvió al bar del Alpargatero.

—Plazos de mil pesetas. Nada de entrada. El primer plazo al entregar el aparato. ¿Hace?

—¿Lo colocarán antes de la noche?

—¡Naturalmente!

—Mira que si no es así no lo quiero.

—Nada, hombre, nada. Trato hecho.

Subieron los dos en la moto y salieron zumbando hacia el comercio de los televisores, la casa Electrogar de la calle Ramallets. Una vez allí, Benito Fernández le hizo una seña al gerente, y, llevándole a un lado, le dijo por lo bajo:

—Me envía el señor Morales.

El señor Morales era el barbero. El gerente empezó a llamar en seguida a Benito Fernández, señor Fernández, y el Alpargatero quedó deslumbrado. Luego, el gerente le dio la mano al Alpargatero y lo envolvió inmediatamente en su irrefrenable chicharra. Después, con la moto, de nuevo al bar.

—Esta noche nos traen el televisor

—le dijo el Alpargatero a la Alpargatera.

—¿Seguro?

—Seguro, mujer. ¿Iba yo a decir una cosa por otra?

Benito Fernández se acercó a la barbería. Se frotó las manos y le dijo al señor Morales:

—Ya está. ¿Tardan muchos días a dar la comisión?

—No. Dos o tres.

—¿Y lo montarán antes de la noche?

—Ya lo verás.

—¿Sí?

—Sí.

Benito Fernández se estuvo acercando varias veces al bar del Alpargatero. Toda la calle sabía ya lo del televisor. Se aproximaba la hora del partido. Benito Fernández estaba nervioso.

En el bar del Jacinto, los hombres pagaron su duro y llenaron el teatrillo. Por fin llegaron los del televisor al bar del Alpargatero y lo colocaron en un santiamén, nunca mejor empleada esta palabra. El local se abarrotó. Era pequeño y la gente estaba amontonada, unos encima de otros. El Alpargatero y la Alpargatera rebotaban satisfacción y despachaban cafés y «carajillos» por encima de las cabezas de todos, alargándolos. Hicieron quinientas pesetas de cajón. Benito Fernández les decía:

—Qué, ¿es ganga o no es ganga tener un televisor?

En la pantallita se desarrollaban las incidencias del partido. Una cortina formada por el humo de los cigarrillos del público del campo o estadio, oscilaba y temblaba frente a las cámaras, por lo visto. En el televisor se veía esto muy bien. El bar también estaba lleno de humo.

En el teatrillo del bar del Jerónimo pasaba igual. Reventaba el local. Se marcó un gol y el berriido traspasó las paredes y llegó hasta los oídos de las mujeres que estaban liadas con la cena y los crios.

—¿Qué bestias! —dijeron algunas mientras otras pareció que ni se enteraban.

Los que estaban en las filas de atrás del teatrillo, se habían encaramado en los bancos. De pie encima de una silla estaba Andrés Barreto, uno que tenía un hijo que era un retrasado mental. Su mujer, en casa, con el monstruo, vigilaba para que éste no rompiera nada, para que no tirara los muebles, para que no se cayera por la ventana o en el lavadero. Pensaba que era ella quien tenía que espabilarse llevando el crio al médico, buscando de dónde sacar las medicinas, llorando al cura y en el Centro de Beneficencia. Que su marido, sólo fútbol y como si ella no existiera. Solamente una o dos noches se acordaba de ella. Enton-

ces ella no quería y él se enfadaba. Andrés Barreto, encaramado como un mono en la silla, estremecido, los ojos en la pantallita tras las incidencias del juego, se olvidaba por completo del hijo tanto y de la mujer que le decía que sólo la quería para lo que la quería.

Benito Fernández se dio un garbeo por los otros bares de la calle. Todos vacíos. Cogió la moto y se fue a cenar. El vivía en otro tramo. De los cinco bares de su tramo, cuatro tenían televisor. Uno, no. En éste, el dueño, completamente solo, dormitaba, la cabeza sobre el mostrador. Los otros establecimientos, de bote en bote. Incluso muchos, como no cabían dentro de los locales, se habían encaramado a las ventanas y pendían de ellas arracimados.

Benito Fernández vino a casa.

—Muchos partidos como éste y muchas oportunidades como la de hoy, y me forraba.

Hasta casa llegaba el rugido de los bares. Había ganado el Barcelona. La gente iba loca discutiendo. En las pueras de los locales formaban enormes y acalorados corros, ensordeciendo la calle. Muchos se fueron yendo, pero otros aguantaron hasta las doce y media de la noche, gritando y discutiendo jugadas, hasta que el sereno les llamó la atención.

Entre tanto, mientras por las calles de la ciudad el público se desgañitaba y algunos medio se pegaban, los jugadores del Barcelona y del Madrid, alineados frente a frente, cenaban en cordial camaradería, no sabemos si en «La Luna» o en «Perellada», y se reían de la mesa.

Al día siguiente la emprendieron los locos de frente al Canaletas. Después de sus trabajos, ya de noche, los fanáticos, igual que manifestantes o conspiradores, se apiñaron en aquel trozo de Rambla. Discutían el partido: las jugadas, los futbolistas, lo que fue y lo que pudo ser. Gritaban, se les hinchaban las venas del cuello. Alguien, emocionado, empezó a rugir:

—¡Barça, Barça, Barça!...

Le secundaron hasta enrojecer. Otro se encaramó encima de una de las sillas de la Rambla. Hizo señas con las manos. Luego gritó:

—¡Visca el Barça!

—¡Visca! —bramaron todos.

Por otra punta se chillaba:

—¡Hip, hip!

Y el coro:

—¡Hurra!

—¡Hip, hip!

—¡Hurra!

—¡Hip, hip!

—¡Hurra!

Un manifestante perdió el mundo de vista. Haciendo un esfuerzo sobrehumano vociferó hasta hacerse oír:

—¡Muera el Madrid!

—¡Muereera! —se oyó rugir. Era algo sobrecogedor.

El loco de la silla pidió silencio y con lágrimas en los ojos logró decir:

—Yo creo, señores, que de hoy en adelante no debemos llamar a nuestro querido equipo, Barça únicamente, sino...

—hizo una pausa y ululó—: ¡El gran Barça!

El desbordamiento fue enorme y unánime.

—¡Barça, Barça, Barça!

Una pareja de la Policía Armada los miraba sonriendo.

En casa, uno, con sus amigos, por, incluso Benito Fernández, dos o tres más, se desesperaba y sentía ganas de llorar ante la estulticia de la gente.

—¿Qué se podría hacer? —nos preguntábamos.

Yo había escrito un artículo titulado «Pan y fútbol». Y en el semanario «Destino», Néstor Luján, en su «Al doblar la esquina», lleno de vista y picardía, escribió:

«Hemos hecho del fútbol uno de los elementos en apariencia más trascendentales de la actual vida española y de tal modo ha sucedido todo que hoy nos do-

mina totalmente. Se ha forjado un círculo vicioso muy difícil de romper. Como que el fútbol interesa, se habla desmesuradamente de fútbol en los periódicos y como se habla desmesuradamente, cada vez interesa más».

«Los extranjeros nos hablan muy a menudo de su sorpresa ante la amplitud de las secciones de deportes de los periódicos y revistas, de su estupor ante esta conversación única sobre fútbol de la mayoría de los españoles, del infatigable espectacular sobre este tema en el que se han llegado a encontrar matices verdaderamente prodigiosos.»

«Realmente hemos de confesar que hemos hecho del fútbol una obra maestra de interés capaz para atraer a toda una generación española. Una discutible pero tiránica obra maestra.»

Y Santiago Bernabéu, presidente del Real Madrid, había contestado a Del Arco, quien le había preguntado y acusado:

—Usted es el culpable del fútbol actual, de haberlo convertido en un gran

espectáculo; pero usted mismo dijo que este espectáculo tendría su límite, ¿lo ve venir?

—Yo soy culpable de una afición, de que la gente vaya al fútbol, pero no lo soy de que este espectáculo se mantenga, y si en este partido se recaudan siete millones, cuando se me pidan las responsabilidades el día de mañana, me gustaría que se recordaran estos llenos. Y también quiero puntualizar que quizá yo no haya sido más que el que copió al Barcelona, que fue anterior a mí en el esfuerzo de contratar a grandes jugadores que hicieron preciso la construcción de grandes estadios. Y a fin de cuentas, el culpable de que el fútbol sea así hoy, un espectáculo, es el público que quiso acudir a él.

Unos acusaban, otros defendían, y la pelota de la culpabilidad era pasada de mano en mano. Verdaderamente, el día 24 de noviembre de 1960 fue un día que se les trajo.

(Ilustraciones de ADAN FERRER)

